
LOS SECRETOS DE LA DIOSA



En 5700 a. C. una mujer parte en busca
del conocimiento y la iluminación.

Brenda Gates Smith

En 5700 A. C. una mujer llamada Yana pare un niño con un defecto de pie. El niño debería ser sacrificado a la Diosa, para evitar que la desgracia caiga sobre su gente, pero la madre se niega. Yana huye con su bebé y es acogida por una tribu de nómadas y por su sacerdotisa, Henne. En esta tribu, Yana encontrará la amistad verdadera con Henne y el amor incondicional de un hombre. Sin embargo, cuando Henne es abducida por el Dios del Cielo, Yana es culpada de haber traído la desgracia a la tribu a causa de la deformidad de su hijo y de su propio pasado. Cuando Yana y Henne finalmente se reencuentran, las dos se verán obligadas a luchar por la supervivencia con la única fuerza de sus creencias como arma.

En esta novela Brenda Gates Smith recrea las costumbres de tribus ancestrales que se supone vivieron en los territorios que hoy conocemos como Turquía, y la espiritualidad del culto a la divinidad femenina enfrentada a la divinidad masculina.

*A Judd,
mi mejor, antiguo
y siempre nuevo amigo,*

AGRADECIMIENTOS

El proceso de gestación de este libro fue menos arduo merced a la visión y el estímulo de varias personas. Mi mayor inspirador ha sido, y es, mi compañero Judd Smith, cuyo apoyo entusiástico nunca decayó. A diario, robaba momentos a sus tareas para leer y criticar mi trabajo. Combatí para mí en el frente del hogar, ayudándome con nuestros maravillosos hijos de mil maneras distintas.

Estoy en deuda con mi agente, Jean Naggar, y su equipo de colaboradores por su profesionalismo y dedicación. Supone una gran tranquilidad saber que puedo contar con ellos. Jean, tú has hecho que las cosas sucedieran; eres la hacedora de mi sueño. Gracias. ¡No hay nadie mejor que tú!

También debo dar las gracias a Phillip Margolin para encontrarse conmigo a pesar de sus múltiples ocupaciones y contribuir con su perspicacia a mi acercamiento al mundo de la edición. Agradezco asimismo a mi editora, Hilary Ross, así como a todos los que en Penguin Putman han contribuido, a través de todas las etapas de la producción, a que este libro viese la luz.

Doy las gracias especialmente a Jennifer Duncan, cuyos esfuerzos y acogida crítica contribuyeron a que este libro llegase a ser realidad. Tampoco quiero olvidarme de Paula Hoiland, Phil Ruhmshottle, Marilee Smith, Joe y Lyn Zenisek, Sue Sumpter y Nancy Karwin por su aliento y sus comentarios. Gracias a Karl Salís por sus agudas observaciones sobre las redes de cloacas y a Greg Smith y Ross Stout

por acudir en mi ayuda en cuanto se producía un conflicto entre mi ordenador y yo. En cuanto a ti, Marilyn Bohan, eres un ángel. Gracias por escucharme.

Quisiera también expresar mi reconocimiento a mi familia; a mi madre, Judy Gates, por su espiritualidad; a mi padre, Ken Gates, por su determinación; a mi hermano, Doug, por siempre estar ahí y creer en mí; y a mi hermana Amber, por su indeclinable entusiasmo. He contraído una deuda de gratitud, igualmente, con Karen Rothgery por haberme dado mi primer diccionario, y con todas las mujeres de Phillipsen por haber superado tantas dificultades.

Son muchos los escritores e investigadores que me inspiraron, entre ellos, Joseph Campbell, Marija Gimbutas, James Melaart, Riane Eisler, Fred Wolf, Merlin Stone y Amit Goswami. Estos soñadores y pensadores, como tantos otros, han añadido color y profundidad a mi vida, mostrándome que siempre hay algo más que aprender.

Finalmente, quisiera mencionar expresamente a dos mujeres que me ayudaron a mantenerme en el buen camino, proporcionándome el sagrado don del tiempo. Pam Savory, gracias por amar a mis hijos conmigo, ayudándome a cuidar de ellos. Debbie Montoya, tu paciencia contribuyó a conservar mi vida y mi hogar organizados cuando «las nubes nublaban mis ojos». Ambas sois una bendición, y un ejemplo de cómo las mujeres deben ayudarse mutuamente. Sin vosotras jamás podría haber escrito este libro.

NOTA AL LECTOR

Una mañana desperté de un sueño y me senté a escribir este trabajo de ficción que recrea el pasado antiguo. El sueño era acerca de una pequeña comunidad que vivía en las montañas y veneraba a una diosa. A lo largo del desarrollo de la historia, tuve la satisfacción de encontrar apoyo a mis ideas en documentos arqueológicos.

La pequeña huella del pie de un niño estampada en almagre fue descubierta durante la excavación de un santuario en uno de los más antiguos yacimientos que existen en Turquía, el de Catal Hüyük, en la meseta de Anatolia. Por encima de ella, aparece en bajo relieve la imagen de una diosa dando a luz. En la misma ciudad se han descubierto pinturas que mostraban cuerpos decapitados ubicados en grandes torres rodeadas de grandes buitres. Los investigadores, por otra parte, no han podido evitar preguntarse sobre el significado de unos espejos de obsidiana hallados en las tumbas de muchas sacerdotisas.

Nadie sabe a ciencia cierta qué pensaba o creía la gente de esos tiempos remotos acerca de la diosa antigua; todo son conjeturas, y éstas cambian a medida que lo hace nuestra percepción de las cosas. Aunque he tenido en cuenta las observaciones de arqueólogos, antropólogos e historiadores, este libro debe ser leído como una alegoría ficcional acerca del pasado pero aplicándole puntos de vista modernos. En la actualidad, muchos prominentes teorizadores sugieren que el pasado, el futuro y el presente quizá sean cíclicos y mutuamente dependientes. ¿Quién lo sa-

be? Mientras usted está leyendo esta página, objetos como el garrote de Tern o el talismán de Henne pueden ser descubiertos sencillamente porque elegimos volver a verlos, si bien de manera diferente.

1

Las gotas de sudor que se deslizaban hasta sus ojos ardían, al igual que su cuerpo desnudo y empapado. El humo de la madera y el olor de la salvia creaban una especie de bruma en la habitación. Con los ojos vidriosos vio a las mujeres de su clan apiñadas en el rincón; aguardando, pensó con amargura. Aguardando a ver si su hijo iría también con los dioses.

La muchacha se incorporó sobre los codos.

—¡Salid! —exclamó—. ¡Todas vosotras, salid!

La vieja sentada a su lado asintió en silencio hacia el grupo, y una tras otra se marcharon de la choza arrastrando los pies. La joven se dejó caer de espaldas sobre la esterilla de nacimientos y jadeó. El dolor aumentaba poco a poco, hasta hacerse insoportable, y el vientre le palpitaba mientras unas rudas manos arrugadas se lo apretaban.

—Vamos, chico, muévete —masculló la muchacha con crispación.

De pronto se produjo un cambio; una aguda punzada, un borbollón, como un giro. La joven notó que la cabeza le daba vueltas.

—Sométete a la Diosa —ordenó la vieja.

Ha ocurrido, pensó. El niño se ha girado. La Madre de la Vida me ha honrado. Viviré. El niño vivirá. La fuerza de tal pensamiento la ayudó a superar las siguientes contracciones.

Yana jadeaba en medio de interminables oleadas de dolor mientras escuchaba el monótono canto de la vieja que

la asistía. Las palabras la bañaban, la atrapaban, la empujaban a ella y al niño. Arriba. Arriba por encima de las náuseas que amenazaban con ahogarla. Se esforzó por respirar mientras oía la temblorosa voz de la anciana.

*Madre preñada de vida, traes abundancia,
Madre del flujo de vida, fecundo, henchido, esforzado,
efusivo, abrumador movimiento de vida,
traes vidas, entierros vidas, fructífera Madre.*

—Sométete a la Diosa —ordenó de nuevo la vieja mientras la muchacha sufría una nueva contracción. Separó las piernas de Yana y hurgó entre ellas—. Es la hora —dijo. Pese a la fragilidad de sus brazos, tiró con una fuerza sorprendente de la parturienta hasta colocarla en cuclillas. La letanía empezó de nuevo.

*Nace pequeño toro, nace pequeña madre,
sal, vive, nace,
la Gran Madre te ha engendrado,
las grandes aguas han inundado el valle.*

Un estremecimiento brutal sacudió el cuerpo de la joven, que gimió con una abrumadora necesidad de empujar. La habitación llena de humo se tambaleaba, giraba, se alzaba y caía con cada trabajosa inspiración. Tenía el pelo pegado al rostro en oscuros y empapados mechones cuando bajó la vista y pujó. Cerró los ojos, vio rojo y blanco tras los párpados. Hizo una mueca cuando sintió que el cuerpo se le desgarraba y un chorro cálido resbalaba hacia abajo por sus piernas.

—Sométete a la Diosa —instó la vieja—. Empuja más fuerte, niña. La muchacha notó que el cuerpo se le hincha con otra contracción. Penetró en él, lo abrazó, lo impulsó. Soy la Madre, pensó con resolución mientras escuchaba el canto. Soy el toro. Empujo, embisto, conduzco la vida.

Sintió una tensión en todos sus poros. Meteré esta palpitante vida en ti, Diosa. Te obligaré a sentir mí... Se estremeció cuando otro flujo descendió por sus piernas. Y algo más. Algo redondo y blando.

—Mi bebé —exclamó mientras las lágrimas de alivio se mezclaban con el sudor. Empujó de nuevo, y tras la lechosa cabeza rosada del niño salió el cuerpo rechoncho.

—Bienvenido, pequeño toro —murmuró la vieja. Ayudó a la muchacha a tenderse de espaldas y tras colocar suavemente a la criatura sobre el abdomen de la madre, ató el cordón umbilical con una tira de tendón y cortó el resto con un cuchillo de piedra.

Tengo otro hijo, pensó la muchacha con alegría. Y éste vivirá. La Madre me ha considerado digna.

Se relajó mientras la vieja la atendía en el posparto. Acarició al recién nacido, que lloriqueaba con voz queda al tiempo que movía la cabeza sobre su estómago en busca ya de alimento. Lo guió hasta su pecho.

Pronto la anciana terminó su tarea y se acercó a la madre y al hijo con un puñado de musgo seco.

—Tengo que limpiarlo —susurró mientras tendía la mano para coger al niño.

La muchacha se esforzó por sentarse.

—Quiero ayudarte —dijo con una débil sonrisa, pues no deseaba separarse del pequeño. La comadrona asintió, y juntas empezaron a secar con suavidad la piel del recién nacido, cuyos ojos de obsidiana brillaron a la luz del fuego mientras las dos mujeres lo aseaban.

—¿No es hermoso? —preguntó la muchacha con un suspiro. De pronto palideció, sin acabar de creer lo que veía. Un pie presentaba dos dedos meñiques, unidos por una membrana translúcida de piel. El pie estaba además doblado hacia dentro, lo que hacía que una pierna pareciera más corta que la otra. Todo lo demás era perfecto. La joven madre alzó la vista y la clavó en los ojos de la anciana. Percibió compasión en ellos.

—Éste irá con los espíritus de los antepasados —dijo la vieja con voz monocorde—. La Diosa cuidará de él.

—No —replicó la joven con desesperación—. Está sano. No es como el otro. Mira, respira bien y es fuerte; ya está mamando. ¡No perderé a mi hijo! ¡Los espíritus exigen demasiado!

—Calla, niña —advirtió la vieja—. ¿Quieres que la ira de los espíritus caiga sobre todos nosotros?

La joven madre se llevó la mano a la boca para ahogar en ella sus palabras. Por supuesto, la vieja tenía razón. Con el pulso acelerado a causa del miedo escrutó la choza en busca de una vía de escape mientras estrechaba al recién nacido.

Una arrugada mano se adelantó para calmarla.

—Yana, querida, los sirvientes de la Diosa nos exigen a todos. He visto muchas estaciones y todas las formas de sufrimiento. Esto pasará, te lo prometo.

La muchacha apartó la mano curtida por el tiempo.

—¿Qué sabes tú, vieja? —masculló con rabia—. Tú tienes hijos e hijas que te sirven; yo no tengo nada.

La anciana estudió a la joven madre que miraba posesivamente a su hijo antes de decidirse a hablar.

—Yana —murmuró—, cuando era más joven que tú ahora, no llovió durante muchas estaciones. Todos los animales se marcharon y las plantas se secaron. Cada día teníamos que ir más lejos del poblado en busca de comida. Por fin llovió, pero de tal modo que se inundó el valle y el agua se llevó nuestras chozas. Los cazadores que intentaron salvar nuestras pertenencias regresaron al Seno de la Diosa. Mi primer compañero fue uno de los que perecieron. Era el esposo de mi corazón.

La vieja hizo una pausa y quedó pensativa. En aquellos rasgos carcomidos por el tiempo, Yana vio un breve asomo del dolor de la joven que había sido.

—Tras la inundación, las sacerdotisas reunieron a la gente —prosiguió la vieja—. Habían estudiado los signos. Los

sirvientes de la Diosa nos habían abandonado porque estaban furiosos a causa de nuestro excesivo egoísmo. El castigo fue severo. Cada familia tuvo que ceder a su hijo primogénito de menos de cinco cosechas de edad. —Las manos de la mujer empezaron a temblar—. Mi primer hijo, el hijo de mi corazón, tenía sólo tres cosechas, ya hablaba. No dejó de llamarme mientras lo llevaban con los otros al templo de la Diosa. —Su susurro era tan elocuente como sus ojos húmedos.

Yana se inclinó sobre el recién nacido, apoyó la cabeza en el regazo de la vieja y se puso a llorar. Cedió a la desesperación mientras unas manos tranquilizadoras le acariciaban el pelo. El dolor era demasiado para contenerlo. El parto la había vaciado física y emocionalmente, y ahora se la privaba de toda esperanza. Aunque se permitiera vivir a su hijo, cada desgracia que visitara el poblado se depositaría a sus pies.

La mujer de pelo plateado contempló a la muchacha, que había despertado en ella recuerdos que más valía olvidar. Como las demás mujeres del poblado, se había sentido ofendida por su actitud altanera, pero verla tan abatida no le proporcionaba placer. La imagen de la joven y orgullosa belleza, a la que todas envidiaban en secreto, había desaparecido. El oscuro cabello, que normalmente se recogía en gruesas trenzas, aparecía sucio y apelmazado. Las facciones angulosas, que delataban su origen forastero, estaban ahora abotagadas y enrojecidas por las lágrimas. Sus largos miembros, hinchados aún por el embarazo, se agitaban con los sollozos.

La vieja empezó a preguntarse si la habrían juzgado mal; después de todo, nunca había tenido la guía de una madre. Por desgracia, su madre había desairado a la Diosa al marcharse con un forastero durante la sagrada ceremonia de la siembra de primavera, y fruto de esa unión concibió a Yana. Murió la noche en que dio a luz. La gente pensaba

que la Diosa había castigado a la madre de Yana y no había olvidado el escándalo que rodeó su nacimiento.

Frunció el entrecejo mientras recordaba que la habían criado las mujeres del poblado que no podían tener hijos propios; sin embargo, la niña no había sentido predilección por ninguna en particular, como solía ocurrir. Yana había ido de casa en casa, hasta que, a temprana edad, el sacerdote buitre de la Diosa la reclamó y trasladó sus mantas de dormir a su hogar. Quizá si la suma sacerdotisa no la hubiera menospreciado, la gente del poblado habría olvidado las desgraciadas circunstancias de su nacimiento. La vieja sospechaba que, cuanto más se burlaban y ridiculizaban a Yana, más la temían. Reconocía que incluso ella había sentido miedo de la joven. Se estremeció. Su comportamiento era extraño; rehuía a la gente, pasaba la mayor parte del tiempo junto al río o en los campos, entonando extrañas canciones, que en ocasiones ofrecía en los rituales.

Era evidente que la muchacha no tenía suerte. No uno, sino dos hijos habían nacido con deformidades. Meneó la cabeza con tristeza. Era probable que el sacerdote eligiera a otra mujer para convertirla en su esposa. La joven madre, pese a su posición de sacerdotisa, no tenía en realidad a nadie.

Poco a poco los desgarradores sollozos de Yana cesaron, y quedó vacía de toda emoción. Clavó la vista en las agonizantes llamas del hogar, donde un tronco se movió, crepitó y restalló mientras las chispas danzaban en la oscuridad. De vez en cuando contemplaba al adormilado recién nacido, y la congoja la embargaba.

—Yana, tengo que llevarme al niño —murmuró la vieja—. Tu esposo y la sacerdotisa tienen que hacer los arreglos necesarios. No conviene que lo tengas tanto tiempo.

Yana estrechó aún más al pequeño.

—No lo apartarás de mí —exclamó con firmeza—. Lo tendré esta noche conmigo, y al cabo de una mano de días

ambos regresaremos al Seno de la Madre. —Alzo la vista—. Es mi derecho y mi decisión.

La vieja sabía que, dado su estado, no conseguiría hacerla entrar en razón. El parto era reciente, y la realidad, demasiado dura. Una mano de días sin la ayuda de nadie, una mano de noches en vela para cuidar de la criatura, serían suficientes para que entregara al niño. Los ancianos eran subíos al establecer un período de preparación para el autosacrificio. Con toda probabilidad la joven cambiaría de opinión. La anciana se levantó para irse.

—Informaré a tu esposo y a la sacerdotisa de la Madre de tu decisión —anunció.

2

El último día de viaje dejó a Dagon la garganta seca y los dientes llenos de arena. El viento hacía restallar su capa de piel de ciervo. Miró hacia el sol con el entrecejo fruncido. Era una mañana de primavera muy calurosa. Se llevó la mano a los ojos para protegerse del resplandor y observó el poblado. Con una seña indicó a su hermana, Henne, y al hermano de su corazón, Tern, que se unieran con él en la loma.

—El lugar ha cambiado —comentó sin volverse hacia sus compañeros—. No recuerdo que viviera tanta gente aquí.

Desde la colina se divisaba un poblado de casas rectangulares de adobe que se apiñaban a la orilla de un río. Sus habitantes caminaban por los patios conectados entre sí, en algunos de los cuales la gente se reunía para trabajar en torno a un fuego comunal, mientras las cabras y los perros hurgaban en la basura. En la ribera del río, que serpenteaba hasta perderse en el horizonte, un sencillo sistema de irrigación formado por zanjas llenas de agua perturbaba el paisaje. Hombres y mujeres cuidaban de campos de trigo recién sembrados. Más allá, pastaba un pequeño rebaño de ovejas de pelo largo.

El asentamiento, sin muros ni empalizadas que lo protegieran de los forasteros, parecía pacífico. Tiempo atrás todo el mundo recibía bien a los comerciantes, pero últimamente la gente desconfiaba de los desconocidos. Dagon había oído hacía poco estremecedores rumores de invaso-